

¿Hay un "yo" en la Esposa?

Mantenerte fiel a tu identidad una vez casada es más difícil de lo que parece.

[Ashley Grace Emmett](#)

Mi esposo, Kevin, es un auténtico caballero sureño. Usa pajaritas y abre puertas. Es completamente sincero. Es un increíble oyente. Está centrado. Cocina. Plancha su camisa cada mañana. Por él se inventó la palabra "gourmet". Y es el hombre más disciplinado que he conocido en toda mi vida.

Yo, por otro lado, soy una irlandesa nacida en Chicago. Me educaron para reír a carcajadas. El sarcasmo es mi lenguaje del amor. Pospongo las cosas. Odio cocinar. Soy artística. Me desconcentro en momentos inadecuados. Tengo cero disciplina, a menos que sea algo que yo realmente quiera hacer.

Kevin es centrado; yo soy un caso aparte. Él entiende su fe principalmente a través de la lectura y el aprendizaje, mientras que yo entiendo la mía principalmente a través de la experiencia y la oración. Él pasó todo su tiempo en la universidad estudiando teólogos muertos en la biblioteca, y yo pasé todo mi tiempo socializando en la cafetería del campus. Creo que si hubiéramos ido a la misma universidad, yo habría sido su peor pesadilla.

La tentación de fundirnos en un ser uniformado siempre está ahí.

Usted entiende lo que quiero decir, ¿verdad? Mi esposo -mi flamante esposo de sólo cuatro meses de casados- y yo somos muy, muy diferentes. Y aunque hay cosas que sin duda podemos aprender el uno del otro, creo que hasta ahora, al menos, también estamos en nuestra mejor forma complementaria cuando abrazamos el enorme montón de diferencias que nos hacen ser quienes somos. Después de todo, es lo que nos atrajo el uno al otro en primer lugar.

Aun así, la tentación de fundirnos en un ser uniforme siempre está ahí. Simplemente se siente más seguro. Es tan fácil comprar ropa donde compra Kevin, o intentar que me guste la comida que a él le gusta, porque, de alguna manera, espero complacerle. Nunca dejaré de intentar que Kevin se suba a mi adorado furgón de la Guerra Civil, a pesar de que desprecia la música sin batería (esto todavía me hace alucinar), porque quiero que le guste lo mismo que a mí. La tensión entre amar nuestras diferencias y querer aplastarlas sigue siendo algo en lo que trabajamos. Supongo que es algo en lo que siempre trabajaremos.

Sé como yo.

Una vez, cuando Kevin y yo aún estábamos prometidos, lloré en el coche durante dos horas, intentando explicarle a mi confundido prometido que cuando me dijo que "no estaba de humor para tomar helado, pero que iría conmigo", en mi mente se traducía

como "soy más disciplinado que tú, y acabamos de comer, y no necesitas helado, pero si quieres comer todas esas calorías innecesarias, iré contigo". Lo que empezó como una simple conversación sobre qué hacer esa tarde se convirtió en una confesión de mi preocupación por el hecho de que mi futuro esposo esperara que me pareciera más a él y mi temor de que, de forma muy discreta, me estuviera diciendo que no era lo suficientemente buena. Resultó que, en realidad, simplemente no tenía hambre.

Me llevó tiempo entender de dónde venían mis preocupaciones, pero lo que he tenido que admitir (a regañadientes) es lo siguiente: Soy yo la que tiene miedo de no ser lo bastante buena. Pensaba que para hacer feliz a mi prometido tenía que parecerme más a él. Me presioné a mí misma para complacerle y apaciguarle, asegurándome de que nuestras elecciones coincidían, hasta que un día no pude soportarlo más. Resulta que, de todas formas, eso no era lo que Kevin quería. Él se sentía atraído por mi personalidad de carácter fuerte cuando éramos novios, así que ¿por qué de repente sentí la necesidad de cambiar para parecerme más a él?

En Cristo, separados y juntos

En los momentos en que me siento más tentada a volver a esconder mi identidad en Kevin, recuerdo nuestra terapia prematrimonial. Jim y Margaret, nuestros consejeros, llevan casados más de 30 años. Son devotos y sabios, pero lo mejor de todo es que no podrían ser más diferentes.

Pensaba que para hacer feliz a mi prometido tenía que parecerme más a él.

De hecho, Jim y Margaret reflejan muchas de las diferencias que a Kevin y a mí nos preocupaban en nuestra propia relación. No ven el matrimonio como una renuncia a su propia identidad o a sus propias ideas. Lo ven como una alianza. Y nos dijeron que lo mejor que podíamos hacer con respecto a nuestras diferencias era aceptarlas, verlas como un regalo. Este consejo me ha obligado a mí, complaciente por naturaleza, a hacer todo lo posible por darme cuenta de mis necesidades y deseos, expresarlos y valorarlos por lo que son: míos.

También me ha obligado a darme cuenta de que no puedo elegir qué partes de mi esposo voy a amar y apoyar. Tengo que amarlo a él en su totalidad, incluso las partes que aún me resultan extrañas. Tengo que escucharle hablar de Juan Calvino porque su amor por la teología histórica le hace ser quien es. Del mismo modo, cuando me tomo 45 minutos para explicar tres episodios, escena por escena, de *Gilmore Girls* (Las chicas Gilmore), Kevin tiene que escuchar. Es un santo.

Un domingo por la tarde, mientras saboreábamos unas magdalenas de chocolate y un San Pellegrino (son muy golosos), Jim y Margaret nos contaron que casi todos los días de su matrimonio han reservado un tiempo para estar separados el uno del otro y

pasar un rato con Dios, y luego se han reunido para orar y hablar de lo que Dios les está enseñando individualmente. Ese tiempo individual dio forma a su matrimonio y los unió más. Su lealtad era a un Dios que siempre nos está formando para parecernos más a Él, y en esa formación, Él los estaba acercando el uno al otro.

Lo que estoy aprendiendo sobre todo esto del matrimonio y la identidad es que cuanto más amas a alguien, más cómodo deberías sentirte siendo tu yo más verdadero y extraño.

Aunque suene poco sensual, creo que nunca he conocido a una pareja más profundamente arraigada en el amor mutuo que Jim y Margaret. Margaret me ha dicho una y otra vez que cree que su marido es el hombre más guapo que ha conocido, y Jim es un hombre muy enamorado de su mujer. Es adorable. Esta pareja es muy querida para mí, no porque sean perfectos, sino porque han permitido que Dios siga dándoles forma como individuos y como matrimonio. Tengo mucho que aprender de ellos, como el hecho de que no puedo contar las devociones matutinas de Kevin como si fueran mías. Sigo siendo responsable de mí misma y tengo que responder por mí misma. Últimamente hemos hablado del deseo de imitar las disciplinas espirituales de Jim y Margaret, reconociendo incluso en estos primeros días de matrimonio que siempre vamos a necesitar apoyarnos más en Cristo que el uno en el otro.

¿Dos se convierten en uno...?

Lo que estoy aprendiendo sobre todo esto del matrimonio y la identidad es que cuanto más amas a alguien, más cómodo deberías sentirte con tu yo más verdadero y extraño. Nota: He albergado el deseo secreto de ser una estrella de la música country desde que era niña. Así que la semana pasada, mientras conducía de vuelta de Minnesota, le pregunté a Kevin si le importaría que cantara el "Estandarte de las Estrellas" con mi mejor voz a lo Carrie Underwood, tan alto como pudiera, a capella, en el coche. Me dijo que lo hiciera.

No estuvo bien. Canté el himno nacional, con movimientos de manos de diva dramática y todo, con una voz rota y desentrenada. Al principio me sentí estúpida, pero luego dejó de importarme. La identidad está tan profundamente ligada a sentirse lo suficientemente seguro como para ser uno mismo, y en ese momento, yo estaba compartiendo una experiencia con mi esposo que nunca antes había compartido con nadie. Fue una elección para que Kevin viera las partes de mí que me hacen ser yo cuando nadie más está mirando. Ondeé mi bandera de friki con orgullo. Luego intenté que cantara el himno nacional, pero se negó. Estaba claro que teníamos sueños infantiles diferentes. Pero pasamos el resto del viaje riéndonos a carcajadas el uno del otro.

La Biblia dice mucho sobre el matrimonio. Dice a los hombres que dejen a sus familias y se [unan a sus esposas](#). En [Marcos](#), Jesús dice a los fariseos que en el matrimonio

los dos se convierten en una sola carne. Compara el divorcio con separar un cuerpo. Pero eso no significa que tengamos que ser la misma persona.

El consejero cristiano de Seattle Benjamin Deu escribe:

Lo más sorprendente que he experimentado sobre el matrimonio hasta ahora es que me ha dado un sentido mucho más claro de quién soy.

Tal vez la instrucción de Pablo a los corintios de "vivir como un solo cuerpo" pueda ayudarnos a aclarar lo que Jesús quiso decir cuando dijo que "dos se convierten en uno" en el matrimonio. Le sugeriría a usted que Dios quiere que lleguemos a ser más verdaderamente nosotros mismos a medida que cultivamos la intimidad con nuestro cónyuge en el matrimonio Cristiano. Los matrimonios más hermosos y fructíferos son aquellos en los que ambos cónyuges se comprometen a desarrollarse como individuos mientras crecen en la relación con el otro.

Dicen que el matrimonio es como un espejo que ofrece una visión de toda tu fealdad y tus problemas, y estoy totalmente de acuerdo. Pero ese espejo también me ha dado una imagen más clara de mí misma, y me ha dado la confianza para no rehuirlo. Kevin y yo podemos seguir siendo nosotros mismos mientras crecemos juntos. Es hermoso. Dios creó el matrimonio y nos creó para que formáramos parte de esta unión. Y en su plan perfecto, nos permite seguir siendo dos personas separadas, en un solo cuerpo. Nos llevará toda una vida aprender a hacerlo bien, pero en este momento, sólo estoy agradecida de no tener que empezar a planchar mis camisas cada mañana.

Traducido por: Elizabeth Guevara Cabrera.